

SAMIR AMIN

## **El incremento de influencia de los países emergentes del Sur frente a los retos de la globalización contemporánea**

La coyuntura actual opone el ocaso de los antiguos centros (Estados Unidos, Europa y Japón), en crisis, a la expansión impetuosa de los países emergentes (China y otros). Existen tres posibilidades: la crisis actual se transmite a los países emergentes y frena seriamente el desarrollo de los mismos; el desarrollo de los países emergentes se mantiene, no obstante la crisis actual, y conduce a una nueva expansión del capitalismo centrada en Asia y América Latina; el desarrollo de los países emergentes desmonta la globalización tal como existe actualmente y produce un mundo auténticamente policéntrico, en el cual se van a conjugar y confrontar violentas restauraciones con los avances que se logren en dirección de las alternativas democráticas y populares.

La tesis más difundida afirma que las victorias de las luchas anti-imperialistas de ayer no han servido a abrir la vía hacia el socialismo, sino que facilitaron una nueva expansión del capitalismo. El principal argumento de mi crítica de esta tesis resulta de una constatación: en sus orígenes, el modelo de capitalismo histórico, que es ahora propuesto como modelo exclusivo, se apoyaba en la producción y la reproducción de la polarización del mundo. A su vez, esta particularidad de dicho modelo es el resultado de la expulsión masiva del campesinado, lo cual constituye la base del despliegue del modelo. Éste logró convertirse en un modelo sustentable gracias a la válvula de escape que representó la emigración masiva hacia las Américas. Hoy en día, la reproducción de ese modelo es absolutamente imposible para los países periféricos —que constituyen el 80% de la población mundial, de la cual la mitad son poblaciones rurales— puesto que harían falta 5 o 6 otras Américas para poder “alcanzar por imitación” los resultados producidos por el modelo de capitalismo histórico. Esta posibilidad sigue siendo una ilusión y los progresos que se cumplieron en esa dirección no harán más que encaminar esos países en una vía sin salida. Es por esa razón que afirmo que las luchas anti-imperialistas son, potencialmente, anti-capitalistas. Si no se puede “alcanzar por imitación” será bien necesario “hacerlo de otro modo”. Claro está, la transformación en ese sentido de la visión a largo plazo del “desarrollo” de los países emergentes no es, de ninguna manera, “ineluctable”. Dicha transformación es solamente necesaria y posible. En lo inmediato, los éxitos de los países emergentes, en términos de crecimiento acelerado en el marco del capitalismo globalizado y mediante los mecanismos capitalistas, refuerzan la ilusión de poder “alcanzar por imitación” los resultados producidos por el modelo de capitalismo histórico. Esta ilusión acompañó ya las experiencias de la primera ola del “despertar del Sur” en el siglo XX, aún cuando esas experiencias fueron cumplidas como si se tratara de “alcanzar el nivel de desarrollo” siguiendo la vía socialista.

Hoy en día, el imperialismo colectivo de la tríada despliega todos los medios económicos, financieros y militares en su posesión para perpetuar su dominación del mundo. Los países emergentes, que despliegan estrategias que tratan de aniquilar las ventajas de la tríada —el control de las tecnologías, el acceso exclusivo a los recursos naturales del globo, el control militar del planeta— son, en consecuencia, en conflicto con la tríada. Ese conflicto contribuye a disipar las eventuales ilusiones sobre sus posibilidades de “avanzar dentro del sistema” y aporta a las fuerzas democráticas y populares la posibilidad de modificar el curso de las cosas en dirección de progresos en la larga ruta de la transición al socialismo. Hasta hoy, los países emergentes han inscripto sus crecimientos económicos en el marco de la globalización capitalista y con los medios propios al capitalismo. Si esos países trataran de continuar en esta vía, centrada en la prioridad dada a sus exportaciones, la crisis que afecta los antiguos centros terminará por golpear seriamente a los mismos países emergentes.

El conflicto entre los centros y las periferias es la principal componente de toda la historia del despliegue del capitalismo. Por ello, la lucha de los pueblos del Sur por su liberación se articula con la puesta en tela de juicio del capitalismo. En efecto, la renta imperialista asociada a la expansión mundial del capitalismo histórico, dominado siempre por la tríada, no es únicamente la mayor fuente de beneficios del capital de los monopolios, dicha renta condiciona también la reproducción misma de la sociedad. De modo que no es por puro azar que el Sur constituye siempre la “zona de tempestades”, de revueltas repetidas, potencialmente eficaces. Las clases dirigentes de los países del Sur llamados “emergentes” han visiblemente optado por una estrategia que no consiste ni en la sumisión a las fuerzas dominantes del sistema mundial, ni en una oposición abierta a estas fuerzas: se trata de una estrategia de intervenciones activas en la cual los países

emergentes fundan sus esperanzas de acelerar sus desarrollos económicos. Sin embargo, los países del Sur disponen ya de medios que les permitirían reducir a nada los instrumentos de control de los centros imperialistas. Esas sociedades son capaces de desarrollarse por ellas mismas, sin caer en la dependencia. Disponen de un potencial de control de la tecnología que les permitiría emplear las tecnologías en beneficio de ellas mismas. Recuperando el uso de sus recursos naturales, los países emergentes pueden forzar al Norte a ajustarse a un modo de consumo menos nefasto. Pueden salir de la globalización financiera. Ponen ya en tela de juicio el monopolio de las armas de destrucción masiva que los Estados Unidos pretenden conservar. Pueden desarrollar los intercambios Sur/Sur de mercaderías, servicios, capitales y tecnologías. Nunca más que ahora, la desconexión está al orden del día de lo posible. ¿Acaso la sociedades emergentes llegarán a hacerla? ¿Quién la hará? ¿Las clases dirigentes locales? ¿Las clases populares que logren llegar al poder? Es muy probable que en una primera etapa eso sea hecho por los regímenes de transición de índole nacional/popular.

Entre 1500 y 1900 los « Occidentales » construyen solos las estructuras del nuevo mundo del capitalismo histórico. Las poblaciones de las zonas periféricas que fueron conquistadas se resisten, pero son finalmente vencidas y obligadas a ajustarse a las exigencias de sus condiciones de poblaciones subordinadas. Con el “despertar de los pueblos periféricos” en el siglo XX se inaugura un nuevo capítulo de la historia, cuyos signos precursores son los siguientes: la revolución iraní de 1907; la revolución de México (1910-1920); la de la China (1911) que anuncia la revolución de 1949; la revolución de 1905 en Rusia “semi periférica”, que anuncia la de 1917; la Nahda arabo-musulmana; la constitución del Movimiento de Jóvenes Turcos; la revolución egipcia de 1919 y la formación del Congreso hindú. Los pueblos de la periferia se movilizaron bajo la bandera del socialismo (Rusia, China, Vietnam, Cuba) o bien bajo la bandera de la liberación nacional asociada a diversos niveles con reformas sociales progresistas.

Los gobiernos y los pueblos de Asia y África proclamaron en Bandung (1955) su voluntad de reconstruir el sistema mundial sobre la base del reconocimiento de los derechos de las naciones que eran hasta entonces dominadas. Ese “derecho al desarrollo” constituía los fundamentos de la globalización tal como se la concebía en esos años, cuando se desplegaba en un marco multipolar negociado impuesto al imperialismo, que se veía obligado a ajustarse a esas nuevas exigencias. Los progresos de la industrialización iniciada en la era de Bandung no resultan de la lógica del despliegue imperialista sino que fueron impuestos por las victorias de los pueblos del Sur.

Esta primera ola del despertar de los pueblos de la periferia se agota por múltiples razones combinadas que se relacionan, a la vez, con sus propios límites y contradicciones internas y con el éxito del imperialismo que logra inventar nuevos modos de control del sistema mundial reforzando sus instrumentos de control de las innovaciones tecnológicas, del acceso a los recursos naturales del planeta, del sistema financiero globalizado, de las comunicaciones y las informaciones, y en fin de las armas de destrucción masiva. Pero el período de triunfo del nuevo imperialismo colectivo de la tríada compuesta por los Estados Unidos, Europa y Japón es breve. Se abre rápidamente un nuevo período de caos, guerras y revoluciones. En ese marco, la segunda ola de despertar de las naciones periféricas, ya iniciado, impide que el imperialismo colectivo de la tríada pueda considerar siquiera la posibilidad de conservar sus posiciones dominantes únicamente mediante el control militar del planeta.

La historia de la expansión mundial del capitalismo histórico es la historia de una acumulación ampliamente financiada por la desposesión de pueblos periféricos en beneficio de los pueblos de los centros desde la conquista de las Américas, pasando por el mercado de esclavos hasta la colonización, incluso la última expresión de ésta: la colonización en curso de la Palestina. La desposesión no golpeó solamente las poblaciones rurales que constituían, anteriormente, la gran mayoría de las poblaciones. La desposesión destruyó también las capacidades industriales (artesanados y manufacturas) de regiones que, antiguamente, eran más prósperas que Europa misma: China e India entre otras.

*La cuestión agrícola pone en evidencia de manera patente que el capitalismo se halla en un callejón sin salida.*

La vía de desarrollo del capitalismo histórico se apoyó en la apropiación privada de tierras agrícolas, la sumisión de la producción agrícola a los imperativos del “mercado” y, en consecuencia, en la expulsión progresiva y acelerada de los agricultores-paisanos en beneficio de un pequeño porcentaje de agricultores capitalistas, que no son más paisanos y han terminado por representar un porcentaje insignificante de la población (entre 5 y 10%), pero que es capaz de producir suficientemente para alimentar el conjunto de las

poblaciones de esos países y aún exportar importantes excedentes de producción. Esta vía capitalista solo se hizo posible porque los europeos pudieron disponer de la gigantesca válvula de escape que representó la emigración hacia las Américas. Pero esta condición es simplemente inexistente para los pueblos de la periferia contemporáneos. Además, la industrialización moderna no podría absorber más que una ínfima minoría de las poblaciones rurales concernidas, puesto que, en comparación con las industrias del siglo XIX, las industrias contemporáneas integran avances tecnológicos que son una condición de su eficacia y que tienden a economizar la mano de obra empleada. La vía capitalista no puede producir ahora más que un “planeta de villas miseria”, produciendo y reproduciendo indefinidamente trabajo barato. En Europa, en América del Norte y en Japón, la vía capitalista asociada al escape de la emigración y a los beneficios del imperialismo, pudo generar tardíamente las condiciones de un compromiso social capital-trabajo (que se hizo particularmente visible después de la Segunda Guerra mundial, con el Welfare State). Pero las condiciones de un compromiso de ese tipo no existen hoy en día en los países periféricos. En esos países, esta vía no puede encontrar una base social más que en las nuevas clases medias, que devienen los únicos beneficiados de esa forma de desarrollo.

Sin duda, la imagen de la realidad dominante no permite imaginar la inmediata puesta en tela de juicio del orden capitalista globalizado. Las clases dirigentes de los países del Sur, desechas, han aceptado ampliamente inscribirse en ese orden con un rol de “compradores” subalternos; los pueblos, desamparados, comprometidos en la lucha por la sobrevivencia cotidiana, parecen a menudo aceptar sus desgracias o aún lo que es peor seguir acariciando las nuevas ilusiones que les sirven las mismas clases dominantes. Sin embargo, las clases dirigentes de los países del Sur llamados “emergentes” han optado, visiblemente, por una estrategia que no consiste ni en la sumisión pasiva frente a las fuerzas dominantes del sistema mundial, ni en la oposición declarada ante esas fuerzas. Se trata de una estrategia de intervenciones activas en la cual esas clases dirigentes fundan sus esperanzas de acelerar el desarrollo de sus países.

### **La “emergencia” de China: ¿constituye un cuestionamiento del orden imperialista?**

En el seno de los países llamados “emergentes”, China ocupa un lugar muy particular. No solamente en razón de su tamaño, sino sobre todo en razón del éxito de su profunda industrialización y de su tratamiento particular y eficaz de la cuestión agraria. Ambos aspectos fueron posibles gracias a la revolución socialista y al maoísmo. La relación del poder ejercido por el aparato del Partido (que se pretende siempre “comunista”) con, por un lado, el bloque social en el cual éste se apoya (las “clases medias” que son los mayores beneficiados del desarrollo en curso, pero también los capitalistas), y por otra parte, con las clases populares (obreros y campesinos) es, por lo tanto, muy singular. Su transformación en un sentido negativo (es decir en el sentido de una restauración franca del capitalismo) o positivo (es decir adoptando las modalidades de “compromisos sociales” favorables a las clases populares), son aún formas posibles de evoluciones divergentes. La elección entre formas de democratización asociadas al progreso social o las formas de democratización “convencionales” a las que aspiran quizás (pero eso no es ni siquiera seguro) las clases medias, está en el centro del desafío al cual están afrontadas las fuerzas sociales de derecha y de izquierda en China.

Los discursos dominantes pretenden que el subdesarrollo heredado en Asia está siendo ultrapasado, que Asia “recupera su retraso” consolidándose en el seno del sistema capitalista y no rompiendo relaciones con éste. Las apariencias parecen confirmar esta visión de futuro. Así, este discurso presenta un capitalismo que parece haber perdido su carácter imperialista, al menos en lo que hace al Asia del Este y del Sur. El futuro que se expresa en esta evolución sería aquel de un mundo multipolar, organizado en torno, por lo menos, de cuatro polos: Estados Unidos, Europa, Japón y China; o bien siete polos, si se agrega a los precedentes Rusia, India y Brasil.

Considero que el análisis en el cual se apoya ese razonamiento es muy limitado. En primer lugar, esa previsión no toma en cuenta las políticas que Washington se propone desplegar para tratar de hacer fracasar el proyecto chino. La instalación militar permanente de los Estados Unidos en Asia occidental constituye una amenaza militar dirigida, en última instancia, principalmente contra China. Además, como Europa no logra aún imaginar la posibilidad de romper con el atlantismo que la cantona en las huellas de los Estados Unidos y como el Japón, por razones análogas y/o particulares, se mantiene respetuoso de su protector de la otra costa del Pacífico, esto hace que el imperialismo colectivo de la tríada no tenga aún sus días contados. En segundo lugar, el “éxito” de esas políticas de desarrollo se mide únicamente con las tasas de crecimiento de la economía, lo cual es una medida engañosa y la validez de la proyección de ese indicador más allá de unos pocos años es muy dudosa. La continuidad eventual del crecimiento económico en Asia depende de

numerosos factores internos y externos que se articulan de diferentes maneras según, por un lado, los modelos estratégicos de modernización social que son elegidos por las clases dominantes locales y, por otro lado, las reacciones que se suscitan en el exterior. Más allá de lo que representaría la continuidad de este crecimiento económico en lo que hace al equilibrio ecológico del Planeta, el conflicto con los países de la tríada imperialista (que son los únicos beneficiados hasta ahora por la explotación de los recursos del Planeta) debería en consecuencia agudizarse.

El discurso dominante atribuye el éxito de la China post-maoísta exclusivamente a las virtudes del mercado y a la abertura al exterior. Sin embargo, durante las tres décadas del maoísmo (1950 a 1980), China mostró un crecimiento económico excepcional, con tasas iguales al doble de las tasas de India o de cualquier otra gran región del Tercer Mundo. Pero, aún así, la performance económica de China durante las dos últimas décadas del siglo XX parece ser aún más extraordinaria. Esas realizaciones sin igual no hubieran sido posibles en ausencia de las bases económicas, políticas y sociales que fueron construidas en el período precedente.

Pero el imperialismo de la tríada se funda en los nuevos instrumentos que mencionamos anteriormente, en lugar del antiguo monopolio de la industria. Esos nuevos privilegios de los centros imperialistas están destinados a acrecentar la polarización a escala mundial y no a atenuarla. En ese sentido, la calificación “países emergentes” es más bien una farsa ideológica. Se trata de países que, lejos de “recuperar el atraso”, construyen en realidad el capitalismo periférico del mañana. China no es una excepción. ¡Es ya un taller de subcontratación en beneficio del capital y del consumo de los centros imperialistas!

*El socialismo de mercado: ¿es una etapa en la transición socialista o un atajo hacia el capitalismo?*

La clase dirigente china eligió la vía capitalista y el “socialismo de mercado”, creando así un atajo que permite instalar progresivamente las estructuras y las instituciones fundamentales del capitalismo, reduciendo al máximo los frotos y las penas de toda transición hacia el capitalismo.

¿Qué posibilidades ofrece, hoy en día, esta vía a China? Están ya instaladas las posibilidades de alianzas entre los poderes del Estado, la nueva clase de grandes capitalistas privados, los campesinos de zonas enriquecidas por las oportunidades que les ofrecen los mercados urbanos y las clases medias en expansión. Pero ese bloque hegemónico excluye ya la gran mayoría de obreros y campesinos. De modo que sería muy artificial plantear una analogía entre esas alianzas y aquellas históricamente construidas por algunas burguesías europeas con los campesinos (contra la clase obrera), y luego, siguiendo el compromiso histórico, con la alianza capital-trabajo de la social-democracia.

El modelo de desarrollo capitalista vigente se funda en la prioridad dada a las exportaciones, en las cuales se injerta el crecimiento del consumo de las clases medias. Ese es el modelo por excelencia de la acumulación periférica. La continuidad de ese modelo implica que se vean ya dos consecuencias: una explotación salvaje de trabajadores que recuerda lo acaecido en el siglo XIX y un desastre ecológico. En contrapunto, un modelo de auténtico desarrollo está, necesariamente, fundado en la prioridad dada a la ampliación del mercado interno, en beneficio de las clases populares y reforzando el desarrollo de la producción de bienes de consumo. Los conflictos políticos y sociales en China oponen esas dos visiones del desarrollo. La debilidad del bloque hegemónico pro-capitalista en China es la fuente principal de las dificultades de gestión política del sistema.

“China es un país pobre en el que se ven muy pocos pobres”. China alimenta el 22% de la población mundial, a pesar de que sólo dispone del 6% de las tierras arables del planeta. Ese es el verdadero milagro chino. No me parece correcto relacionar el origen del mismo con la antigüedad de la civilización china. En efecto, aún cuando es cierto que hasta la revolución industrial la China disponía de un equipamiento tecnológico mucho más avanzado que el de todas las otras regiones del mundo, la situación se había degradado durante un siglo y medio y había producido el espectáculo de una miseria en gran escala, comparable a la de países de la periferia decimados por la expansión imperialista, como, entre otros, la India. La remarcable recuperación económica de China se debe a su revolución. Al otro extremo del abanico de situaciones creadas por la expansión capitalista mundial yo podría situar a Brasil: “un país rico en el que sólo se ven pobres”.

La revolución china hizo entrar esa sociedad en la modernidad. Eso se expresa en todos los aspectos del comportamiento de los ciudadanos que se consideran responsables de su propia historia. Esa modernidad explica que no se vea en China ninguna expresión de esas neurosis para-culturales que hacen estragos en

otros lugares, en los países musulmanes, en India hinduista y en el África del sur del Sahara. Los chinos viven en su época, sin alimentarse con esas variedades de nostalgia de un pasado mitológico recompuesto, lo que, en otros lugares, caracteriza el espíritu de la época. No conocen los problemas de “identidad”. La modernidad en la que la China se ha engullido constituye un activo importante para su futuro. La revolución y esa zambullida en la modernidad han transformado el pueblo chino más aún que cualquier otro pueblo del Tercer Mundo contemporáneo. Las clases populares chinas tienen confianza en ellas mismas, saben luchar y saben que luchando se gana. La igualdad devino un valor esencial de la ideología común. La combatividad en las luchas sociales es notable. El poder lo sabe, por ello trata, a la vez, de reprimir, de evitar que los frentes de lucha cristalicen, ultrapasando los horizontes locales (mediante la prohibición de toda organización autónoma de clases populares) y de atenuar los peligros con el arte del “diálogo” y de la manipulación.

El futuro de China es aún incierto. La batalla del socialismo aún no fue ganada. Pero (¿todavía?) no fue perdida. Pienso que esa batalla no se ganará hasta el día en que el sistema chino no haya renunciado a dar el derecho a la tierra a todos sus campesinos. Hasta entonces, las luchas políticas y sociales pueden modificar el curso de las evoluciones. La clase política dirigente trata de controlar esas luchas por un solo medio: la dictadura burocrática. Algunos fragmentos de la clase dirigente consideran que de esa manera se logrará evitar la emergencia de la burguesía. La burguesía y el conjunto de las clases medias no se muestran decididas a luchar por la democracia y aceptan sin mayores dificultades el modelo autocrático al “estilo asiático”, al menos mientras este modelo autorice el despliegue de sus apetitos de consumo. Las clases populares luchan en todos los terrenos de la defensa de sus derechos económicos y sociales. ¿Lograrán unificar sus luchas? ¿Llegarán a inventar formas de organización adecuadas? ¿Llegarán a formular un programa alternativo positivo y a definir los contenidos y los instrumentos de la democracia que pueden servirles?

La única alternativa capaz de asegurar la estabilidad del desarrollo del país es aquella que se funde en la prioridad de la expansión del mercado interior, sobre la base de relaciones sociales reguladas de manera tal que se reduzca al máximo las desigualdades sociales y regionales, y en consecuencia, que se sometan las relaciones exteriores a las exigencias de esta lógica motriz.

### **India: ¿una gran potencia...?**

Habiendo pasado el umbral del millar de habitantes y acusando tasas de crecimiento económico superiores a los promedios mundiales, India se clasificó rápidamente dentro del grupo de las potencias ascendientes del siglo XXI.

La razón de mis dudas sobre ese pronóstico resulta de la importancia decisiva que atribuyo al hecho que la India independiente no se haya atacado al mayor desafío que debe asumir, es decir transformar radicalmente las estructuras que heredó del período en el que fue modelada por el capitalismo colonial. La colonización británica transformó, principalmente; la India antigua en un país agrario capitalista dependiente. Para ello, los británicos se consagraron, sistemáticamente, a construir formas sólidas de propiedad privada de tierras agrícolas, excluyendo la mayor parte del campesinado del acceso a la propiedad de esas tierras. La mayoría de los campesinos fueron transformados en agricultores pobres, prácticamente sin tierras. El precio que se debió pagar por esta opción a favor de esta “vía capitalista” de desarrollo de la agricultura es la increíble miseria que golpea la gran mayoría del pueblo. El estado independiente de India redujo sus promesas al campesinado haciendo una aparente reforma agraria sin mayor impacto. Esa opción se manifestó claramente a través de la “revolución verde”, que consolidó la posición de las clases rurales dominantes. Sin embargo, cuando los poderes locales comunistas, como en el caso de Bengala occidental y de Kerala, fueron algo más allá tanto como lo permitía la constitución de la India los resultados positivos que fueron logrados en términos sociales y económicos no fueron para nada desdeñables y los promotores de reformas recibieron un fuerte apoyo popular.

En India, esa herencia colonial reforzó sus efectos de bloqueo del progreso en razón de la persistencia de la ideología de castas. Las “castas inferiores” (llamadas actualmente Dalit) y las asimiladas a éstas (“poblaciones tribales”) constituyen un cuarto de la población de India (alrededor de 250 millones de personas). Estas castas, que se ven privadas de todo derecho y en particular del derecho al acceso a la tierra, constituyen una masa de “casi esclavos” sobre la que se ejerce la propiedad colectiva de las “otras” castas. La persistencia de esta condición de cuasi esclavitud refuerza las ideas y los comportamientos reaccionarios de las “otras” castas, favoreciendo el ejercicio del poder por y en beneficio de la minoría de privilegiados, lo

cual contribuye a neutralizar las eventuales protestas de los explotados que son mayoría que se sitúan entre los explotadores minoritarios y los oprimidos bajo el estatus de “dalit”.

Después de la Segunda Guerra mundial, los gobiernos del Congreso de la India independiente realizaron un proyecto nacional que se inscribía perfectamente en su época, marcada por las victorias obtenidas por los movimientos de liberación nacional de Asia y África. Desde el inicio, la colonización había procedido a la desindustrialización sistemática de India (que tenía entonces un nivel avanzado de industrialización) en beneficio de la vía de industrialización en la que se encaminaba la Gran Bretaña. Es por ello que la India independiente dio prioridad absoluta a su industrialización. Esta opción fue programada de manera relativamente sistemática por lo menos durante el período de los primeros Planes de la época de Nehru asociando el gran capital industrial hindú con las empresas del sector público, promovidas para colmar las insuficiencias del sistema productivo heredado de la colonización, acelerando así el crecimiento y reforzando las industrias de base.

Esas diferencias entre los modelos nacionales adoptados en India y en China comunista explican las diferencias visibles de los resultados producidos. Las tasas de crecimiento de la producción industrial y agrícola de India quedaron siempre, globalmente, a niveles muy inferiores a los de China. Además, mientras que el crecimiento chino fue acompañado de una mejoría evidente del nivel de vida de la masa de clases populares, en el caso de la India, esto no se verificó, puesto que en India, el crecimiento benefició exclusivamente a las nuevas clases medias minoritarias, aún cuando la expansión de las mismas se aceleró en los últimos treinta años, pasando de 5% a 15% de la población total del país mientras que la miseria de las clases populares mayoritarias permanecía sin cambios, o peor aún se agravaba marginalmente.

Contrariamente a China, la India es un país multinacional y la colonización británica no logró imponer allí su poder más que manipulando precisamente esa diversidad de pueblos (y de Estados) presente en India. Es de señalar, en favor del movimiento de liberación nacional, el éxito del mismo en ese campo, sin igual en todo el mundo colonial. Ese movimiento logró unir realmente una decena de grandes naciones que componen el país en una sola “Nación”. Poco importa que la designación de esta Nación (“Bharat”, expresión que forma el concepto de “bharatva”, que puede ser traducido como “indianidad”) pueda parecer “discutible” en una perspectiva “científica”. India es, en adelante y aunque parezca imposible, una sola Nación, y esta realidad se impone a todas sus componentes. Hasta hoy, el sentimiento de pertenecer a una Nación común supera la afirmación de especificidades locales (entres otras las lingüísticas). En ese aspecto, el movimiento de liberación nacional registró un solo fracaso: no logró asociar a los musulmanes en la creación de la nueva Nación hindú. En este aspecto, los británicos lograron hacer fracasar el proyecto nacional hindú, imponiendo la creación de los Estados artificiales de Pakistán y Bengla Desh. Sin embargo, los Musulmanes que quedaron en India (alrededor del 15% de la población) fueron realmente y correctamente integrados en todos los aspectos de la vida social y política del país, aún cuando parezca que éstos “plantan problemas” (problemas que son explotados por los culturalistas, o bien que son suscitados por éstos). La causa fundamental de este éxito es la laicidad del Estado hindú, lo cual no pudo ser cuestionado ni siquiera por la ola culturalista hinduista.

Se podría, sin duda, matizar ese juicio globalmente positivo. La represión de las reivindicaciones de la población Sikhs (que costó la vida a Indira Gandhi), o el atolladero del Kashmir, marcan los límites de la capacidad del régimen para manejar correctamente las “cuestiones nacionales” (mismo si se las podría designar en otros términos). Pero, no se puede negar que los poderes de Delhi supieron movilizar fórmulas correctas de gestión de los problemas que se presentaron con todas las grandes naciones del Norte “indio” y del Sur “dravídico”, haciendo así que la unidad federal (que es en realidad mucho más centralizada que lo establecido por la Constitución) sea una sólida realidad.

La experiencia de la India contemporánea demuestra la superioridad incontestable de la opción democrática y la vanidad de los argumentos favorables a una gestión autocrática que pretende ser más eficaz. Y ello, a pesar de los límites evidentes y del contenido clasista de la democracia burguesa en general y del ejercicio de la misma en el caso de India. Esta opción, que figura en el activo del movimiento de liberación nacional (el Congreso y los comunistas), era probablemente la única manera de hacer la gestión de los diversos intereses sociales y regionales aún cuando sean aquellos de las clases privilegiadas y de generar la adhesión popular al proyecto de la minoría constitutiva del bloque hegemónico.

En India, la erosión del proyecto nacional populista debía necesariamente producirse, al igual que en otros casos, en razón de los límites y contradicciones propias a ese proyecto. Esta erosión y la consecuente

deslegitimación del poder que la acompaña, crearon la ocasión para una ofensiva de las fuerzas obscurantistas que se llaman: Hindutva. Ese término designa la afirmación de la prioridad de la adhesión a la religión hinduista en la definición de la “auténtica identidad” de los pueblos de India. Ese concepto se opone a “Bharatva” el cual hacía referencia a la Nación. Claro está, la afirmación “hinduista” no cuestiona la herencia colonial, en particular, en materia de la propiedad de la tierra y en lo que hace al respeto de la jerarquía de castas. En ese sentido, las ilusiones obscurantistas sirven perfectamente los intereses del poder de los “compradores” y del imperialismo. Las “especificidades” con las que inundan sus discursos “para-nacionales”, e incluso para-anti-imperialistas, son absolutamente vacías. Esas especificidades alimentan la renovación de la práctica de los “comunitaristas” (en este caso anti-musulmanes) que el poder colonial había ya utilizado para hacer frente a las aspiraciones de liberación nacional unitaria, modernizante, democrática y laica.

Sin embargo, esa regresión fue acompañada en India de una mayor radicalización de las luchas de clases. Esto fue puesto en evidencia con la ofensiva de los Naxalitas y con la brutal entrada de los Dalits en el combate político y social. También quedó demostrado con el firme apego del conjunto de las clases medias por la democracia y hasta por la laicidad. Se puede explicar así que la caída de la legitimidad casi exclusiva que había gozado el Congreso no haya permitido la “victoria definitiva” de la derecha. La construcción de una alternativa social progresista impondrá necesariamente que se den respuestas adecuadas a los cuatro conjuntos de desafíos siguientes.

Primer desafío: dar una solución radical al problema del campesinado hindú, fundada en el reconocimiento del derecho de todos los campesinos del país al acceso a la tierra, en las condiciones las menos desiguales posibles, lo que, a su vez, implica la abolición del sistema de castas y de la ideología que lo legitima. Dicho de otro modo, ¡esa solución radical requiere que India realice una revolución tan radical como la que se hizo en China!

Segundo desafío: construir la unidad del frente del trabajo, reuniendo en ese frente los segmentos de clases trabajadoras relativamente estabilizadas y aquellos sectores que aún no lo son. Este es un desafío común a todos los países del mundo contemporáneo, en particular para aquellos de la periferia del sistema, caracterizados por los efectos destructores gigantesco de las nuevas formas de pauperización (desempleo masivo, precariedad de los empleos, excrecencia del trabajo informal miserable).

Tercer desafío: mantener la unidad del subcontinente hindú, renovando, sobre bases democráticas reforzadas, las formas de asociación de diferentes pueblos que componen la nación. Se deberán desbaratar las estrategias del imperialismo que, como siempre, persigue más allá de sus opciones tácticas el objetivo de desmembrar los “grandes Estados”, puesto que son éstos quienes pueden resistir mejor a los asaltos del imperialismo que los pequeños Estados.

Cuarto desafío: articular las opciones de política internacional en torno del eje principal conformado por la reconstrucción de un “frente de los pueblos del Sur” (y en primer lugar, en torno a la solidaridad de los pueblos de Asia y África), en condiciones que, por supuesto, no son más aquellas que presidieron la formación del Movimiento de los No Alineados en la “época de Bandung” (1955-1979). En la fase en curso, se deberá dar la prioridad al objetivo de desbaratar el proyecto estadounidense de control militar del planeta. Habrá también que desbaratar las maniobras políticas de Washington que tratan de impedir un acercamiento serio de la India, China y Rusia.

Las fuerzas políticas y sociales que obstaculizan el empeño de la India en las direcciones mencionadas precedentemente son importantes. Componen un “bloque hegemónico” que reúne la quinta parte de la población, constituido por la gran burguesía industrial, comerciante y financiera, los grandes hacendados, la masa de campesinos ricos, las clases medias y los altos burócratas del estado y de la tecnocracia. Esos 200 millones de hindúes fueron los únicos que se beneficiaron con el proyecto nacional tal como ha sido realizado hasta ahora. En las condiciones actuales del liberalismo extremo triunfante, ese bloque se resquebraja por diferentes razones, entre otras, porque se paralizó la movilidad social ascendente de las clases medias inferiores, que se ven actualmente amenazadas de precarización, empobrecimiento o aún de pauperización. La coyuntura actual ofrece a la izquierda la posibilidad de desarrollar tácticas si ésta sabe hacerlo susceptible de debilitar la coherencia de las fuerzas reaccionarias en general y, más precisamente, de la orientación “compradora” de esas fuerzas, la cual es la correa de transmisión de la dominación del imperialismo globalizado. Pero, en caso de insuficiencia de la izquierda, la coyuntura actual ofrece también grandes oportunidades a la derecha hinduista.

La minoría de ese bloque hegemónico se encuentra así en una situación que excluye la reproducción, en India, de lo que fuera el compromiso histórico capital/trabajo, fundador de la opción social-democrática en los países occidentales desarrollados. La gestión de la coherencia de ese bloque por la democracia política, tal como se la practica en India, no atenúa su contenido de clase reaccionario. Al contrario, constituye su medio eficaz de afirmación. No obstante, ese bloque hegemónico esta, evidentemente, “integrado” a las lógicas de la globalización capitalista dominante. Hasta hoy, ninguna de las diversas fuerzas políticas que lo componen contradijo esa integración. Se puede entonces comprender las razones por las cuales el “proyecto nacional hindú” sigue siendo frágil y vulnerable, incapaz de realizar, a término, los objetivos que se asignaba: hacer de India una “gran potencia moderna capitalista”.

Esa vulnerabilidad se traduce en comportamientos oportunistas frecuentes de la clase política india, justificados muy a menudo en términos de “real-politik” a corto plazo. Frente al proyecto de los Estados Unidos de establecer el “control global (militar) del planeta” y de alinear el imperialismo colectivo de la tríada (Estados Unidos, Europa y Japón) a pesar del rechinar de alguno de sus miembros la clase política hindú se reveló, hasta ahora, incapaz de concebir y movilizar el contrafuego necesario. Para ello, se debería construir un frente asociando la India, China y Rusia, países igualmente amenazados por la política “compradora” producida por la expansión del nuevo imperialismo colectivo. Los dirigentes hindúes no consideran esa posibilidad, aún en el caso de las fórmulas de gobierno las más decididas a obrar contra la derecha hinduista/“compradora”. Al contrario, persisten en dar prioridad a sus “conflictos” con China, a la que perciben como un adversario militar potencial y un concurrente económico peligroso en los mercados capitalistas globalizados. Creen incluso que pueden “utilizar” un eventual acercamiento con los Estados Unidos para imponerse como su principal aliado en Asia.

### **El Brasil y los otros países “emergentes”**

La situación de Brasil es también totalmente diferente a la de China. En Brasil, ninguno de los problemas heredados del pasado colonial encontró, hasta ahora, la más mínima solución, en particular la cuestión agraria que es fundamental. Es flagrante la potencia arrogante de las clases dirigentes burguesas capitalistas y hacendados, tecnócratas al servicio de éstos, segmentos de la clase media que han sido beneficiados por la expansión económica. No es sorprendente que las clases medias occidentales hayan llamado a Lula “modelo de hombre de Estado”. La estrategia que condujo Lula una opción capitalista liberal abierta, asociada a directivas de redistribución concebidas como medios de “reducción de la pobreza”, sin atacarse a las causas de la pobreza es exactamente la estrategia que preconizan los segmentos inteligentes de las fuerzas políticas al servicio del mantenimiento de la dominación de los oligopolios imperialistas.

Existe también un grupo de países “emergentes”, o potencialmente tales, que presentan más allá de sus diferencias una doble desventaja. Pienso que los países de este grupo son: los países del Sudeste asiático (en particular Tailandia y Malasia); África del Sur, Irán y Turquía. En primer lugar, estos países no tienen un tamaño continental y por ello no disponen de medios adecuados para “negociar” con la tríada imperialista, o aún se ven simplemente excluidos de esta posibilidad (por ejemplo Irán). En segundo lugar, esos países, tanto como India y Brasil, no dieron nunca solución ni siquiera parcial a sus herencias de las fases anteriores de dominación imperialista, en particular, una vez más, en lo que hace a la cuestión agraria. Los poderes locales de esos países sufren un déficit de credibilidad (es lo menos que se puede decir) por parte de las clases populares. Por ello, sus poderes locales son frágiles y vulnerables, susceptibles de ser derrocados por “revoluciones victoriosas”, o bien de ser obligados de evolucionar hacia la izquierda si las luchas sociales saben constituir bloques sociales alternativos a aquellos en los que se apoyan esos poderes.

Otro país una vez más de Asia está, seguramente, en vías de emergencia: Vietnam. En este país la herencia revolucionaria (similar en muchos aspectos a la de China: revolución agraria radical) influye favorablemente, más que en otros países, en favor de soluciones potencialmente más favorables a las clases populares.

### **¿Y los otros países del Sur?**

Existe un estrato de países del Sur, compuesto de un conjunto disparatado de países, sin embargo semejantes por el hecho de ser países “ricos” (en términos de PIB per cápita) y que esa riqueza resulta exclusivamente de la explotación de recursos naturales abundantes (petróleo y gas en particular). Esos países deben afrontar un desafío particularmente difícil: salir de sus anclajes en la globalización imperialista, que se funda casi



exclusivamente en esas “riquezas”, para industrializarse y crear (o recrear) la agricultura actualmente inexistente. Alguno de esos países no podrán sobrellevar solos ese desaffo, como por ejemplo: los países petroleros del Golfo, Libia y Gabón. Venezuela pertenece a ese estrato, sin embargo tomó la decisión de salir de esa categoría. La dificultad que existe para lograr ese objetivo es evidente y muy importante. La tentación es fuerte de optar por una media solución de compromiso, utilizando una buena parte de la renta petrolera para reducir la pobreza. Pero también es tan evidente la voluntad de hacer más que ello y mejor. Pero, tanto en Venezuela como en los otros países de este estrato, esta opción choca con las clases económicamente dominantes, particularmente marcadas por sus culturas “compradoras” y por ello ultras reaccionarias.

Los países de la antigua Unión Soviética incluyendo a Rusia están considerados por la tríada como países con vocación de integrar el mundo de los países periféricos dominados por ésta, al igual que lo ocurrido con los países de Europa oriental grupo PECO que representan la “América Latina de Europa occidental”, en particular la Alemania. Sin embargo, Rusia puede resistir victoriosamente a esa prescripción, aspirando quizás a Ucrania, el Cáucaso y el Asia central. Pero no podrá hacerlo si no logra concebir que es necesario ir más allá del horizonte de un proyecto puramente de “capitalismo nacional”, reatando lazos con un proyecto social, desconectado y con vocación socialista.

El fracaso de México es, actualmente, total pero no necesariamente definitivo. México fue anexado como “provincia exterior de los Estados Unidos” mediante el inaceptable Acuerdo NAFTA, al que, sin embargo, se sometió sin reparos la clase dirigente. México no podrá salir de ese pantano más que retomando su brillante tradición revolucionaria, inaugurada en 1910, actualmente suspendida, pero que se podría ver renacer con los Nuevos Zapatistas.

Argentina es siempre “ingobernable”. Este país paga el precio fuerte del “adelanto” que lo ubicaba, hace un siglo, a la cabeza de los países periféricos enriquecidos por la inclusión de los mismos en el sistema capitalista/imperialista de la época. El peronismo heredó esas ilusiones y trató de prolongarlas mediante una industrialización precoz. Fracásó en ese intento, puesto que no creó las condiciones necesarias para evitar la recuperación/integración de su sistema modernizado en el sistema global que domina siempre ese país.

Los países del Sur que fueron verdaderamente excluidos de los beneficios del desarrollo capitalista/imperialista componen otro grupo, que se encuentra confrontado a desafíos de otra naturaleza. Se sitúan en ese grupo la mayor parte de los países de África y del mundo árabe e islámico. El interés del imperialismo por esos países concierne exclusivamente sus recursos naturales (las tierras agrícolas codiciadas por el agro-business, el petróleo y los minerales). Es importante señalar que las intervenciones de las potencias imperialistas en esos países son casi siempre extremadamente brutales. La principal diferencia que existe entre este mundo del Sur “marginalizado” y los países emergentes reside en que, en aquellos países la clase dirigente no tiene ralmente ningún proyecto propio, como no sea aquel de ajustarse en el día a día a las exigencias de la globalización tal como está formulada.

Resulta así una imagen del mundo contemporáneo bien marcada por los avances realizados, a pesar de todo, en América Latina, que son más relevantes que en otros lugares. La razón de esos éxitos desdeñando el hecho que sean vulnerables es doble. Por un lado, esos éxitos son el producto del sentimiento potente que este Continente debe desligarse de su extrema dependencia de los Estados Unidos, la cual se consolidó y se consolidó cada día, desde la época de la Doctrina Monroe (1823) hasta, incluso, el gobierno de Obama. Pero, por otro lado, esos avances hubieran sido impensables sin los aportes de los potentes movimientos populares.

### **La alternativa: hacia una nueva ola de iniciativas independientes del Sur**

Los términos en los cuales debe ser analizado el desafío deben tomar en consideración tres instancias de la realidad: los pueblos, las naciones y los Estados.

Es posible construir un bloque hegemónico asociando las diferentes clases dominadas y explotadas, que sea una alternativa al bloque que permite la reproducción del sistema de dominación del capitalismo imperialista, que es controlado mediante el bloque hegemónico “comprador” y el Estado dependiente que está a su servicio.

Haciendo mención a las naciones se hace referencia al hecho que la dominación imperialista niega la dignidad de las “naciones” que fueron forjadas por la historia de las sociedades periféricas. La dominación imperialista destruye sistemáticamente las componentes de las “naciones” que constituyen sus caracteres

originales, en beneficio de una “occidentalización” de pacotilla. En esas condiciones, la liberación de los pueblos deviene indisociable de la liberación de las naciones que éstos componen. Pero esa liberación no es una restauración del pasado ésta es la ilusión del pase ismo cultural sino la invención del porvenir a partir de la transformación radical de la herencia histórica, en lugar y en remplazo de la importación artificial de una falsa “modernidad”.

La referencia al Estado se funda en el necesario reconocimiento de la autonomía del poder en sus relaciones con el bloque hegemónico en el que se basa su legitimidad, aún cuando este bloque sea popular y nacional. No solamente porque los avances populares y nacionales deben ser protegidos de la agresión permanente del imperialismo que permanece dominante a escala mundial. Sino también y quizás sobretodo porque “avanzar en la larga transición” exige a su vez “desarrollar las fuerzas productivas”, es decir realizar eso que el imperialismo prohíbe a los países periféricos concernidos: borrar la herencia de la polarización mundial que es indisociable de la expansión mundial del capitalismo histórico. Este programa no es sinónimo de “alcanzar” por imitación de los modelos del capitalismo central. No solamente un tal “alcance” es imposible, sino que además no es deseable. Eso impone una concepción diferente de la “modernización/industrialización”, fundada en la participación efectiva de las clases populares a la realización y a los beneficios inmediatos de cada etapa de la progresión.

“Los Estados quieren la independencia”. Esta afirmación hay que comprenderla como si fuera un doble objetivo: por un lado, la independencia (forma superior de la autonomía) con respecto a las clases populares; por otra parte, la independencia con respecto a las presiones que ejerce el sistema capitalista mundial. La “burguesía” (dicho más ampliamente, la clase dirigente que ocupa los puestos de dirección del Estado, cuyas ambiciones tiran siempre en dirección de la evolución burguesa) es simultáneamente nacional y “compradora”. Si las circunstancias le permiten ampliar su margen de autonomía frente al imperialismo dominante, la “burguesía” elige la vía de la “defensa de los intereses nacionales”. Pero, si las condiciones reinantes no le permiten esa vía, la “burguesía” se inscribe en la sumisión “compradora” a las exigencias del imperialismo dominante. En ese sentido, la “nueva clase dirigente” (o “grupo dirigente”) está todavía en una posición ambigua, aún cuando esté sentada sobre un bloque popular, en razón de la tendencia “burguesa” que la anima siempre, al menos parcialmente.

La correcta articulación de esas tres instancias de la realidad condiciona el éxito de los avances que se obtengan en la larga ruta de la liberación. Se trata entonces de reforzar el carácter complementario posible de los avances del pueblo con aquellos de liberación de la nación y con las realizaciones del Estado. En cambio, si se deja que se desarrolle la contradicción entre la instancia popular y el Estado, los avances indicados corren el riesgo de ser derrotados.

Parece ser que ni los pueblos, ni las naciones, ni los Estados de las periferias están cómodos en el sistema imperialista... el “Sur” es una “zona de tempestades”, la zona de agitaciones y revueltas permanentes. La historia contemporánea ha sido, principalmente, la historia de esas revueltas y de las iniciativas independientes (en el sentido de independencia con respecto a las tendencias dominantes a escala del sistema capitalista/imperialista reinante) de los pueblos, de las naciones y de los Estados de las periferias. Son esas iniciativas a pesar de sus límites y contradicciones que han modelado las transformaciones más decisivas del mundo contemporáneo, mucho más que los progresos de las fuerzas productivas y los ajustes sociales relativamente fáciles que acompañaron esos progresos en los centros del sistema.

El largo declinar del capitalismo/imperialista obsoleto y la larga transición al socialismo constituyen entonces los dos polos antagonistas del desafío. Ese declinar, por sí solo, no produce avances en la ruta hacia el socialismo. Al contrario, la lógica de las respuestas que el capital aporta frente a ese desafío se inscribe en la pendiente patinosa de la barbarie: “el apartheid a escala mundial”. No obstante, ese declinar crea, simultáneamente, las condiciones favorables al compromiso con la ruta de la larga transición socialista.

¿Cómo se enmarañaron esos dos futuros posibles? El “otro mundo” en construcción es siempre ambivalente; porta en él lo mejor y lo peor, ambos igualmente “posibles” (no existen leyes de la historia que sean anteriores a la historia). Una primera ola de iniciativas de los pueblos, naciones y Estados de la periferia se desplegó en el siglo XX hasta 1980. La segunda ola de iniciativas se esboza ya. Los países “emergentes” y otras instancias, como por ejemplo los pueblos, combaten los medios con los que el imperialismo colectivo de la tríada trata de perpetuar su dominación. Las intervenciones militares de Washington y de sus aliados subalternos de la OTAN son derrotadas. El sistema financiero globalizado se hunde y en su lugar están en vías de composición diversos sistemas regionales autónomos. Los monopolios tecnológicos de los

oligopolios son batidos en brecha. La recuperación del control de los recursos naturales está al orden del día. Las organizaciones populares y los partidos de la izquierda radical en lucha han, algunas veces, logrado ya derrotar los programas liberales, o bien están en buena vía de lograrlo. Esas iniciativas, que son en primer lugar fundamentalmente anti-imperialistas, contienen un potencial que les permite entablar la larga ruta de la transición socialista.